

# Goce femenino: entre lógica y poesía

*Daniel Gerber\**

El goce, según Lacan, va ligado al desvanecimiento del sujeto. Esto hace de él una cuestión de lógica porque esta última constituye una escritura que ocupa los lugares del sujeto trazando letras allí, letras por medio de las que la subjetividad se reduce a un conjunto de trazos. La lógica, que constituye una escritura cuya función es inventar lo real de un goce que se localiza más allá de la palabra, "es formidablemente gozosa (*juissif*)... porque eso sostiene el campo de la castración".<sup>1</sup>

La lógica pertenece entonces a lo real, surge allí donde se presenta la imposibilidad de ejercer el dominio sobre los significantes de la lengua. El sujeto no trabaja la lógica ya que desde el momento en que pretende hacerlo es trabajado por ella. Así ocurre, por ejemplo, en ciertos sueños en los que es sustituido por algunas letras o en las fórmulas de la sexuación creadas por Lacan en las que cobran vida relaciones diversas que lo determinan en su posición respecto del sexo.

Estas últimas fórmulas pretenden mostrar el modo en que el cuerpo es trabajado por el significante que deja sus huellas en él.

\* Psicoanalista, docente en la UNAM y en la maestría de psicoanálisis en el Centro de Investigaciones y Estudios Psicoanalíticos (CIEP).

<sup>1</sup> J. Lacan, *...ou pire*, inédito, 15-XII-1971.

Huellas, trazas de una lógica sobre el cuerpo viviente: esto es la sexuación un efecto de lógica, una escritura que responde a la búsqueda de un fundamento sólido para ese gran hallazgo del psicoanálisis que es el hecho de que feminidad y masculinidad son asunto de gramática y lógica antes que de anatomía y fisiología. El sexo no depende de la biología, es asunto de escritura porque la escritura es lo real de la palabra que conforma al sujeto, el residuo irreducible de lo simbólico que inscribe en el cuerpo una dimensión absolutamente extraña a su naturaleza: el goce.

La escritura como acto es trazo, trazo de la sexuación que marca el exilio respecto del Otro, el Otro sexo. Exilio que resulta de la negatividad que introduce el símbolo. Esta negatividad es la causa del lugar fundamental que tiene en la escritura de la sexuación aquél que Lacan designa como uno que dice no a la función fálica que es el estigma de la inserción en el lenguaje que introduce al sexo: existe uno, al menos uno, para quien  $\Phi x$  (la función fálica) no se verifica, o no es verdadera, o no es negada.

Este uno se escribe  $\exists x \bar{\Phi} x$ , fórmula que aparece -en el cuadro de la sexuación- arriba a la izquierda:

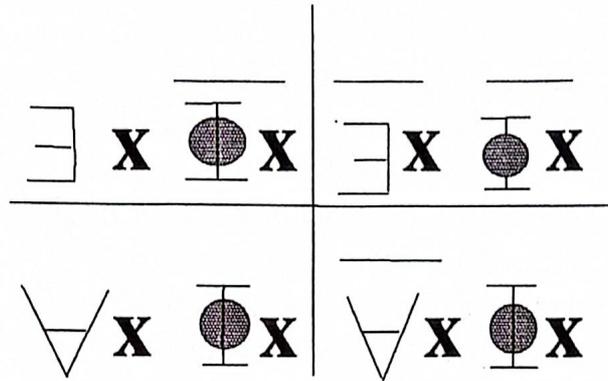
A la izquierda (en el cuadro de la sexuación), la línea inferior  $\forall x \Phi x$  indica que es por la función fálica que el hombre como todo toma su inscripción, con la salvedad de que esta función encuentra su límite en la existencia de un  $x$  para el cual la función  $\bar{\Phi} x$  es negada,  $\exists x \bar{\Phi} x$ . Ahí está lo que se llama la función del padre, de donde procede por la negación la proposición  $\Phi x$ , esa que funda el ejercicio de lo que suple por la castración a la relación sexual, en tanto que ésta no es de ninguna manera posible de inscribir. El todo reposa entonces aquí sobre la excepción planteada como término sobre eso que, a este  $\Phi x$ , lo niega íntegramente.<sup>2</sup>

Para todo sujeto, el ingreso al campo del goce sexual -regulado por el falo- sólo es posible a partir del presupuesto lógico de la existencia de uno que dice no a este goce. Existe uno que dice no, es una fórmula que apareja contradictoriamente **ex-sistencia** con decir; es la fórmula de lo imposible, lo imposible de decir que solamente puede formularse en una escritura.

Pero esta fórmula, precisamente por aludir a un imposible lógico, no puede presentarse de manera aislada. No sería lógico

<sup>2</sup> J. Lacan, *Le Séminaire Livre XX, Encore*. Seuil, París, 1975, p. 96.

escribirla sin las otras tres que componen el cuadro de la sexuación porque su propia lógica depende de su inscripción con las restantes. Las cuatro sostienen el real que constituye el campo de la castración y son por ésto el paradigma de toda escritura. Será preciso entonces transcribir en su conjunto el cuadro de la sexuación:



Cuando se observan estas inscripciones, lo primero que se llama la atención es la semejanza que guardan con un *grafitti*, esa escritura que se hace sobre los muros. Semejanza no azarosa si se piensa que el muro es, en última instancia, el muro del lenguaje, ese que crea el exilio de cada sexo respecto del Otro. El lenguaje es el muro por excelencia, lo que explica la connivencia, la complicidad estrecha del sexo con el *grafitti*: el exilio del Otro sexo provocado por el lenguaje hace del sexo, ante todo, una escritura.

Un segundo aspecto que se puede señalar es el hecho de que **nada** en el cuadro separa la parte izquierda, designada **hombre**, de la parte derecha, designada **mujer**, **nada** las distingue fuera de la negación, representada por esas líneas horizontales colocadas encima de algunas de las inscripciones. Es la ausencia o la presencia de la negación, y su lugar, lo que va a determinar a los sujetos en lo que se refiere a su relación con el sexo. Se puede decir que, en esta tabla de la sexuación, la diferencia sexual -por sorprendente que parezca- no consiste más que en un juego de negaciones.

De esta manera, se puede partir de estas fórmulas para hacer algunas inferencias en relación con la escritura en general. Las fórmulas se asemejan a un *grafitti* en la medida en que sólo es posible escribirlas por la existencia del muro, el muro del lenguaje

que determina la ausencia de relación sexual. Escribirlas será así escribir la imposibilidad de escribir la relación sexual, de modo que toda escritura no hace más que repetir esta imposibilidad misma.

La relación entre escritura y ausencia de relación sexual es abordada por Lacan en el seminario *Encore*. Allí afirma que la escritura es efecto de la existencia de una barrera, una barra, la barra que separa el significante del significado: "La barra es precisamente el punto en que, en todo uso del lenguaje, hay ocasión de que se produzca el escrito"<sup>3</sup>. La existencia de la barra entre significante y significado determina una consecuencia fundamental: en la estructura del lenguaje no hay significante que pueda significarse a sí mismo, sin apelación a otro. Esto genera la posibilidad de evocar un significante imposible, un significante que se significaría a sí mismo, que escaparía a las leyes del significante. Se trata del significante que siempre falta en el sistema de la lengua, el significante de la falta del Otro, el significante faltante que caracteriza a la lengua -así como a la mujer- como **no-toda**. De este modo, la barra que se inscribe entre significante y significado es finalmente **la misma** que atraviesa al gran al gran Otro [S(A)], **la misma** también del **no-toda** que se inscribe sobre el universal  $\forall x$  para escribir  $\overline{\forall x}$ .

La existencia de escritura dependerá por lo tanto de esa barra que es la causante de la falta de universal, falta **incomprensible** en tanto que pone en entredicho la posibilidad de la comprensión plena. El escrito, entonces, no existe para ser comprendido: "La barra, como todo lo que es del escrito, no se sustenta sino de lo siguiente: lo escrito, no es para ser comprendido".<sup>4</sup>

La barra remite al obstáculo, a la negación, al no. Remite por lo tanto a ese x que existe y que dice no, el x que se inscribe arriba y a la izquierda y que marca una notable contradicción de ese lado del cuadro entre la existencial y la universal: **todos** dicen sí, excepto **uno** que **contra-dice**, diciendo **no**. Hay allí un **todos** con una excepción o, más bien, hay un **todos por, gracias a, por la gracia de** esta excepción. Para que la universal sea posible hay necesidad de la excepción: el **uno** exceptuado asegura el **todos**.

Se trata de una simple exigencia lógica, pues no hay conjunto que pueda definirse como tal sin un elemento exterior a él, excluido de él. Para Lacan, este elemento expulsado, excluido, concierne al

<sup>3</sup> *Ibid*, p. 35.

<sup>4</sup> *Ibid*, p. 46.

padre en tanto función. El padre, el **pater-familias** -dice Lacan el 1 de junio de 1972<sup>5</sup>- **ex-siste** al conjunto como un **ex-pater**, un **é-pater** y por esto su función verdaderamente decisiva es **épater**, que quiere decir asombrar, deslumbrar. Pero el sentido literal de este término, si se recuerda que el prefijo francés **é** indica **supresión**, es romper el pie o la pata de algo. La alusión a la castración es inequívoca, de manera que la existencia de este padre que tiene por función **épater** es lo que asegura la constitución del conjunto de los hijos castrados.

La existencial  $\exists x \bar{\Phi}x$  toca así a la función de la castración pues viene a hacer de límite a la universal  $\forall x$ . El **uno** excepcional va a cernir el **para-todo** oficiando de borde para el conjunto que cierra. Posee entonces las características que definen lo que se denomina **conjunto vacío**: es un elemento **más** (*encore*), pero un elemento que **no se cuenta** porque es el elemento que queda cuando el conjunto es vaciado de todos sus elementos. Un elemento más, el **uno** que distingue un conjunto de cualquier otro, el uno que no cuenta pero con el que hay que contar siempre porque sin él no hay conjunto, no hay conjunto posible.

Es así como este uno remite a la función del nombre pues cuando se nombra un conjunto, el nombre no forma parte de él, está necesariamente fuera del conjunto. De esta manera, en el cuadro de la sexuación, el uno dice que no es, finalmente, el uno nombra, el nombre por excelencia, el Nombre-del-Padre que equivale también al **no** del padre<sup>6</sup>. Como dice Sibony: "El uno surge de una negación que tiene valor fundante, valor de afirmación del conjunto. Es un no creador que tiene valor de nombre".<sup>7</sup>

Estas reflexiones son provocadas por la lectura del lado izquierdo del cuadro. Pero si se pasa ahora al lado derecho, el aspecto que resalta en primer término es la ausencia de excepción que pueda cernir un todo, lo que determina la falta de universal ( $\forall x$ ). Si del lado derecho un universal se sostiene por la existencia de una excepción, lo que se encuentra del lado izquierdo es un no universal que obedece a la falta de la excepción. El campo de la sexuación queda así conformado por la confrontación de **un todos no sin excepción** -en el lado hombre- con **un no todos sin excepción** que carac-

<sup>5</sup> J. Lacan, *Le savoir du psychanalyste*, inédito, 1-VI-1972.

<sup>6</sup> Cf. D. Gerber, "Discurso del psicoanálisis: un punto de vista antieconómico", en: N. Braunstein, (ed.), *El discurso del psicoanálisis*, Siglo XXI, México, 1986, p. 103.

<sup>7</sup> D. Sibony, *Le Nom et le Corps*, Seuil, París, 1982, p. 232.

teriza al lado mujer. No hay complementariedad sino discordancia que se produce a partir de las marcas de la negación y que hace que la relación entre un lado y otro sea imposible.

Si se continúa con el análisis del lado derecho, puede apreciarse que  $\forall x \neg \Phi x$  indica que aquí falta el uno excepcional que es el uno en más excluido del conjunto para fundarlo como tal. No existiendo este uno falta lo que puede denominarse una medida **común** que pueda hacer de los elementos colocados de este lado miembros de un conjunto. En otros términos, del lado mujer, si bien el falo no deja de operar como medida del goce, no es la medida única; hay algo más, un exceso, un ex-sexo, un suplemento de goce irreductible a toda medida.

Es así como al cuadro presenta el fundamento lógico de la subversión que el psicoanálisis produce en relación con lo sexual, es decir, en relación con la división del sujeto frente a lo sexual; una división no es la de dos sexos opuestos y complementarios en la que los atributos que faltan a uno los tiene el otro, sino una división entre dos goces: un goce **todo fálico**, del que participan tanto hombres como mujeres y que está sometido a una medida común y otro goce **más allá del goce fálico**, no susceptible de medida porque el falo como medida del goce es **no-todo**. Dos goces no complementarios porque es el primero de ellos, el goce fálico, quien hace surgir al segundo como su más allá.

Hacer de la división sexual una cuestión que no se define por la oposición entre dos sexos implica en Lacan un desplazamiento de la problemática freudiana de la **identidad femenina**, punto siempre enigmático para el fundador del psicoanálisis, a algo diferente: el planteamiento del goce femenino como goce que no se contrapone al goce fálico sino que constituye el más allá enigmático del mismo. Para Freud nunca perdió vigencia la tesis de que una mujer tiene que sustituir el clítoris por la vagina como zona de goce para devenir **así toda mujer**, una exigencia que supone la completa eliminación de la sexualidad fálica. Así lo manifestaba ya en 1899 en un poema que remite a Fliess<sup>8</sup> donde aparece claramente la necesidad de someter la "potencia oscura del sexo femenino" al imperio de la ley y la razón.

Para Lacan en cambio, el goce femenino no es un complemento del goce fálico sino más bien un **suplemento**. Así lo señala:

<sup>8</sup> J. M. Massomn (editor) *The complete Letters of Sigmund Freud to Wilhelm Fliess*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts and London, England, 1985, p. 393.

No hay mujer sino excluida por la naturaleza de las cosas, que es la naturaleza de las palabras... No deja de ser cierto, sin embargo, que si la naturaleza de las cosas la excluye, es por ésto justamente que, por ser no toda, ella tiene, con relación a lo que designa de goce la función fálica, un goce suplementario. Notarán que dije **suplementario**. Si hubiera dicho **complementario**, idónde estaríamos! Se recaería en el todo... No porque ella esté no toda en la función fálica no está ahí de ninguna manera. Ella está ahí y no de ninguna manera. Está ahí de lleno. Pero hay algo más... Hay un goce... Goce del cuerpo que está más allá del falo.<sup>9</sup>

Una mujer no niega la función fálica. Está ahí de lleno, pero **además** está en otra parte, se ausenta, se descentra de la sujeción al falo y tiene por esto relación con un goce que no se contrapone al fálico sino que se localiza más allá: Goce que se experimenta pero que queda fuera de lo simbólico, opaco, loco, enigmático. Se experimenta pero no se lo sabe, tal como se presenta en la poesía de los místicos como la beguina Hadewijch d'Anvers -citada por Lacan- que en el lenguaje del amor cortés **dice** ese goce que no se sabe:

Mi infortunio es grande, desconocido por los hombres  
que me son crueles y quisieran prohibirme  
ese fin, donde van las fuerzas del amor  
Ellos lo ignoran y yo ¿qué puedo decirles?  
Debo vivir entonces lo que soy  
lo que el amor inspira  
es ahí que está mi ser y ahí consagraré mi esfuerzo  
Esa orden que me exige el amor mismo  
echa mi espíritu en la aventura  
esa cosa que **no tiene forma, razón, ni rostro**  
pero que claramente se puede sentir  
es la sustancia de mi alegría  
eso hacia donde no ceso de ir  
y por lo que sufro tantos días amargos  
Este desierto es cruel y nada se le parece  
el amor hace en él su dominio  
cuando nuestro deseo languidece hacia él  
**y lo sentimos sin conocerlo nunca**  
Se manifiesta huyendo

<sup>9</sup> J. Lacan, *Le seminaire Livre XX, Encore, op. cit.*, p. 63.

se le persigue, no se puede verlo  
 él mantiene el corazón doliente y vigilante.

Se advierte aquí la presencia de ese **suplemento**, ese **plus** de goce vinculado a la inexistencia de universal en el lado mujer del cuadro que es indisociable de la falta de medida común que las define como todas. Esta falta de medida, a su vez, es efecto de la ausencia de excepción porque cuando ésta existe expulsa fuera ese **plus de goce** para hacer de él el límite que hace de borde al conjunto.

En una mujer, más allá de la sujeción al falo por la que debe pasar, del mismo modo que todo hombre, hay suplemento de goce, más allá del falo. En este sentido, y contrariando las esperanzas de Freud, ella nunca llega a unificarse en relación con su goce sino que permanece dividida en y por su goce. Puede decirse por esto que, si bien no es posible afirmar que exista en ella algo que diga absolutamente no a la función fálica, hay una parte que se sustrae al sí que ella da a esta función. Su sí no es incondicional, lo que determina que esa parte que se sustrae -ese plus cuya exclusión, en el hombre, hace conjunto- tenga una total afinidad con el  $\Phi x$  que dice **absolutamente no**: es lo que permite a Lacan, en el seminario posterior a *Encore*, proponer como interpretación de  $\forall x \Phi x$  el lugar del goce de la mujer.

De hecho, ya en *Encore* está planteada esa vinculación, cuando dice: "una cara del Otro, la cara de Dios, es soportada por el goce femenino"<sup>10</sup>. El lugar Dios no sería otro que el de ese  $x$  que dice absolutamente no, estrechamente afín al plus de goce: "creo en Dios, creo en el goce de la mujer en tanto es en más"<sup>11</sup>. Asociación estrecha entre el goce femenino con Dios que proviene de una fuente literaria muy singular: George Bataille.

Es en efecto en el Bataille de *Madame Edwarda* donde Lacan encuentra la inspiración fundamental porque en este Dios aparece asimilado el exceso, el **plus** de goce fuera de todo orden y, a la vez, constitutivo del orden, el exceso que encarna en la prostituta encontrada en el burdel:

Sentada frente a mi, mantenía una pierna levantada y abierta, para mostrar mejor la ranura estiraba la piel con sus manos. Los

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 71.

<sup>11</sup> *Ibid.*

"entresijos" de Edwarda me miraban, velludos y rizados, llenos de vida, como un pulpo repugnante. Dije con voz entrecortada:

-¿Por que haces eso?

-Ya ves, dijo soy **Dios**.<sup>12</sup>

Ahora bien, dos preguntas surgen aquí. En primer lugar, este  $x$  que dice no, este  $x$  directamente vinculado al goce femenino, ¿quién es? En segundo lugar, ¿qué es eso que él niega?

Respecto a la primera pregunta, la respuesta que da Lacan es inequívoca: el padre. Pero no cualquier padre sino ese padre definido como el padre de la horda primitiva, padre que puede definirse como un **padre-el-goce** pues es el que goza de todas las mujeres. Será preciso matarlo entonces para que la ley del deseo se instaure, es decir, para que la historia comience.

Sin embargo, cuando se dice  $\exists x \overline{\Phi x}$ , **es el padre** se hace un deslizamiento: se pasa de una función lógica, ordenadora, necesaria, a la figura patriarcal mítica, se salta de la lógica al mito. A primera vista podría parecer un forzamiento injustificado, pero habría que recordar que contar un mito es precisamente la mejor manera de **decir** esa lógica. Porque el mito no es sino el relato de la lógica, del mismo modo que la lógica no es más la escritura del mito. Cabe recordar, una vez más, a Lacan: "el mito es la 'tentativa' de dar forma épica a lo que se obra por la estructura".<sup>13</sup>

Para abundar en esta relación lógica-mito puede citarse otra vez a Lacan:

"Hay al menos uno para quien eso no funciona, ese asunto de la castración, y es precisamente por eso que se lo ha inventado, se llama el padre".<sup>14</sup> Quien lo ha inventado es Freud, en *Tótem y tabú*, y el hecho de que al inventarlo se haya inventado a sí mismo en ese lugar imposible del fundador se desprende nítidamente de una carta que en 1911 dirige a Ferenczi: "Soy enteramente *Tótem y tabú*... desde *La interpretación de los sueños* nunca había escrito con tanta convicción"<sup>15</sup>. Una convicción que mantendrá siempre, porque nunca cuestionará este mito pese a las diversas críticas que le

<sup>12</sup> G. Bataille, *Madame Edwarda*, Premiá, México, 1979, p. 44.

<sup>13</sup> J. Lacan, *Televisión. En radiofonía & televisión*, Anagrama, Barcelona, 1977, p. 116.

<sup>14</sup> J. Lacan, *...ou pire*, op. cit., 15-XII-1971.

<sup>15</sup> Citado por B. Casanova, *D un qui dit que non*, Littoral, núm. 11/12, Ed. Eres, Toulouse, 1984, p. 172.

dirigirán; así en 1936, en *Moisés*, vuelve sobre el tema y frente a sus detractores dice:

No me tomo por etnógrafo sino por psicoanalista y estaba por ésto en pleno derecho de extraer de datos etnográficos aquello de lo que tenía necesidad para mi trabajo psicoanalítico.<sup>16</sup>

Freud no abandona eso que para Lacan es su **Producción neurótica** porque es síntoma, pero **producción** también -en el sentido que el término tiene en la teoría de los discursos- en tanto desecho: el Padre es, en cierto modo, el producto del discurso psicoanalítico, el desecho de este discurso, el  $S_1$ , donde se reencuentra el **uno** (uno dice que no) ya evocado. La convicción de Freud al elaborar el mito corresponde más que nada a la necesidad lógica, una necesidad cuya escritura lógica la tenemos ahora con Lacan.

La segunda pregunta se refiere a lo que niega este uno, ¿qué es ese  $\Phi x$  que el niega? En este caso, la respuesta ya no es tan inequívoca pues las lecturas de los seminarios de Lacan y del escrito *L'etourdit* llevan a concluir que  $\Phi x$  tiene varios sentidos. Algunos de ellos pueden ser:

1. La función fálica.
2. La castración.
3. La función de la castración.
4. El goce fálico.
5. El "no hay relación sexual".

Negando  $\Phi x$  se negaría cualquiera de estas cosas, o tal vez todas. Pero es necesario afirmar que si los términos de esta enumeración son otras tantas lecturas posibles de  $\Phi x$ , estas lecturas no son absolutamente equivalentes. En diciembre de 1971, por ejemplo, después de haber hablado de la filosofía de las luces para la que el día no se ha levantado aún (*encore*), Lacan dice:

Van a creer que está claro cuando les diga que  $\Phi x$ , eso quiere decir la función que se llama la castración. Como ustedes creen saber lo que es la castración, entonces pienso que ustedes están contentos, ¡al menos por un momento!

<sup>16</sup> S. Freud, "Moisés y la religión monoteísta", en: *Obras Completas*, t. XXIII, Amorrortu, Buenos Aires, 1980, p. 1.

Solamente figúrense ustedes que yo, si escribo todo eso en el pizarrón... es porque yo, yo no sé en absoluto lo que es la castración<sup>17</sup>. Contrariando todo lo que se suele afirmar, Lacan dice en síntesis que de la castración como tal nada se puede saber. ¿Por qué? Simplemente porque ella sólo bordea el lugar de lo irrepresentable sin nada poder decir de ese lugar, abriendo solamente la posibilidad de una escritura, la escritura de  $\Phi x$ , lo más próximo del agujero del sexo, la **función** de castración.

Es lo que explica la afirmación posterior:

Hay en alguna parte un lugar donde no se puede decir que todo lo que se articula como significante cae bajo el golpe de  $\Phi x$ , de esta **función de castración**.<sup>18</sup>

Un lugar que es lo irrepresentable, sólo susceptible de ser indicado por una escritura. De ahí que:

Esto tiene una pequeña ventaja, formular las cosas de esa manera. Puede venirles al entendimiento justamente que si hace un momento, no sin intención... les ha llevado como observación sobre el sujeto del interdicto, a saber que todos los significantes no pueden estar ahí todos juntos, nunca, eso tiene relación tal vez; yo no he dicho el inconsciente = la castración, yo dije: eso tiene muchas relaciones.<sup>19</sup>

La castración remite al hecho de que todos los significantes no pueden estar ahí todos juntos, de que no se dispone del conjunto de los significantes o, dicho de otro modo, de que el Otro no tachado no existe, lo que hace imposible el enunciado de la bipolaridad sexual. Por ésto, en junio de 1972 -seis meses después de aquella afirmación controvertida- Lacan dice: "La castración, ¿qué quiere decir eso? Eso quiere decir, sobre todo, deja que desear, eso no quiere decir nada distinto"<sup>20</sup>. La castración no es entonces otra cosa que habitar el lenguaje porque en tanto se lo habita, lo que se diga siempre deja que **desear**. Las fórmulas lógicas de la sexuación

<sup>17</sup> J. Lacan, ... *ou pire*, 15-XII-1971.

<sup>18</sup> *Ibidem*.

<sup>19</sup> *Ibidem*.

<sup>20</sup> J. Lacan, *Le savour du psychanalyste*, 1-VI-1973.

no designan sino las diversas modalidades de habitarlo, modalidades lógicas pues la lógica sostiene el campo de la castración.

La producción de esas fórmulas lógicas es el resultado de un encuentro insólito, el encuentro entre el sexo y las matemáticas, entre la lógica y la (no) relación sexual, el encuentro entre Freud y Frege que se produce en Lacan. Gottlob Frege (1848-1925) fue contemporáneo de Freud y se lo considera el fundador de la lógica matemática moderna: de él Lacan retoma un artículo que publicó en 1892: *Über Sinn und Bedeutung*, traducido con el título de *Consideraciones sobre sentido y referencia*<sup>21</sup>. Conviene mencionar que ese *Bedeutung*, volcado al español como **referencia**, puede ser traducido también como significación o como denotación. *Bedeutung* es para Frege el valor de verdad de una proposición, que no se confunde con el sentido de ella, valor de verdad que tiene el papel de un nombre propio. Dice él:

¿Por qué no nos basta el pensamiento? No nos basta en la exacta medida en que nos importa su valor de verdad... Es la búsqueda y el deseo de la verdad lo que nos incita a avanzar del sentido a la referencia (del *Sinn* a la *Bedeutung*).<sup>22</sup>

Lo que Frege propone es la necesidad de ir **más allá** del sentido en la búsqueda de la verdad si se quiere una certeza plena que posibilite trascender la remisión infinita de un significante a otro.

No es azaroso que Lacan retome esta palabra *Bedeutung*: su preocupación es semejante a la de Frege. Pero lo novedoso de su empresa es el hecho de aplicarla al falo. Aplicarla **solamente** al falo, al punto tal que "la *Bedeutung* (Significación) del falo" deviene un pleonasma: la *Bedeutung* es el falo, es la tesis de su texto de 1958. **La *Bedeutung* del falo**<sup>23</sup>. Transcripción de una conferencia dictada en alemán, este escrito vincula la función del falo con el demonio del pudor, haciendo alusión a los frescos de Pompeya:

Es por lo que el demonio del Aidos (Scham) surge en el momento mismo en que en el misterio antiguo el falo es develado (la pintura célebre de la Villa de Pompeya).<sup>24</sup>

<sup>21</sup> cf. G. Frege, *Estudios sobre semántica*, Ariel, Barcelona, 1973.

<sup>22</sup> G. Frege, "Sobre sentido y referencia", en: *op. cit.*, p. 59.

<sup>23</sup> cf. J. Lacan, "La signification du phallus", en: *Ecrits*, Seuil, París, 1966, p. 685.

<sup>24</sup> *Ibidem*, 692.

El pudor es fálico en la medida en que indica que algo no puede o no debe ser develado. No debe ser develado porque de lo que se trata es de sostener la función del velo mismo, del falo en tanto velo. En este sentido, la *Bedeutung del falo* -en el sentido subjetivo del genitivo que significa que la *Bedeutung* es el falo- indica el punto límite entre significante y goce, el punto en el que el misterio no puede ni debe ser revelado precisamente porque la revelación implicaría la caída de todo el sistema significante.

Esta reflexión debe ser vinculada con otra que Lacan desarrolla en el mismo texto: aquella en donde se analizan las relaciones entre los sexos a la luz de ser o tener el falo, tanto a nivel de lo simbólico como de lo imaginario. Señala en este sentido que si a nivel simbólico los hombres tienden a tener el falo y las mujeres a serlo, esta repartición se reabsorbe a nivel imaginario por "la intervención de un parecer"<sup>25</sup>: cada uno y cada una juega a parecer detentador del falo (para protegerlo, cuando lo tiene, o para ocultar su falta, cuando no lo tiene). Esto lleva a una conclusión trascendental para el tratamiento de la sexualidad femenina:

Es para ser el falo, es decir, el significante del deseo del Otro, que la mujer va a rechazar una parte esencial de la feminidad, especialmente todos sus atributos, en la mascarada.<sup>26</sup>

Podría pensarse que la razón de este afán de parecer en la mujer es el sentirse desprovista del falo, o, en términos freudianos, la envidia del pene. Sin embargo hay algo más que esto, pues si ella juega la comedia del falo no es tanto porque desee poseerlo al mismo título que el hombre sino porque procura servirse de él para crear su atractivo: "Es por eso que ella no es que quiere ser deseada al mismo tiempo que amada"<sup>27</sup>. Aquí están las premisas del sujeto femenino como **no-toda** representada por la función del falo pues la mascarada femenina tiene el estatuto de máscara destinada a hacer **ex-sistir** como misterio que se sustrae a la lógica del significante, como **insignificantizable**, un supuesto ser femenino.

La *Bedeutung* es el falo entonces porque todo el juego del significante, el juego de hacer sentido, se sostiene en un término último que no remite a otro: el falo. De ahí que se lo pueda

<sup>25</sup> *Ibidem*, 694.

<sup>26</sup> *Ibidem*.

<sup>27</sup> *Ibidem*.

considerar el velo último, el punto límite entre significante y goce, o también un nombre propio: el nombre propio a cuya llamada la única respuesta posible es *nada*. Es *nada* porque nada puede decir el significante cuando es requerido para responder **enteramente** por el goce. Esta es -al fin de cuentas, o más bien, al principio- la verdad de la significación fálica que el padre tiene como función negar y al negarla abrir la dimensión de **otro** goce irrepresentable.

El padre niega esa función esencial del falo que es la de semblante del goce en tanto le otorga una medida y evoca así un goce sin medida. Es por ésto el nombre propio del goce, es decir, quien tiene esa respuesta que sería una respuesta **otra** que el semblante.

En este sentido  $\exists x \bar{\Phi}x$  se puede leer así: existe uno que si tiene la respuesta, esta es la impostura del padre.

Si la posibilidad de saber todo sobre el goce es del orden de la impostura, quiere decir que entre *Sinn* y *Bedeutung* existe el mismo corte que entre saber y verdad. Frege opone, como dos extremos, representación y significación; entre las dos coloca el sentido. A partir de aquí se trata de avanzar de la representación a la significación, trascendiendo el sentido. Pero desde el punto de vista psicoanalítico es necesario recordar, con Lacan, que "no hay ninguna esperanza de alcanzar lo real por la representación". Lo real es inalcanzable por el significante y la tentativa de acceder a él por el camino de la representación lleva siempre al fracaso. Por ésto el falo, que designa por un lado el punto límite del semblante que protege el misterio, es también el punto en el que se puede localizar la imposibilidad de alcanzar lo real por medio de la representación. De ahí su relación con la impotencia: el falo es la "función imaginaria que encarna la impotencia".<sup>28</sup>

Inalcanzable por medio del significante, sólo queda una alternativa para abordar lo real: inventarlo. Para esto es preciso recordar que el síntoma es algo que se escribe a partir de lo real. Inventarlo a partir de una escritura que es posible elaborar cuando avanza del *Sinn* a la *Bedeutung*, a contra-corriente del sentido, hacia el fuera-de-sentido, el saber que no se sabe él mismo y que es lo no sabido del sexo, ese saber ignorado que es el núcleo de lo inconsciente, lo reprimido primordial.

<sup>28</sup> J. Lacan, "Introduction a L'edition allemande d'un premier volume des Ecrits", en: *Scilicet*, núm. 5, Seuil, París, 1975, p. 11..

¿Cómo ir hacia ese saber? En su búsqueda de la verdad, Frege es incitado -así lo expresa él- a inventar una *Begriffsschrift*, una escritura de conceptos que a veces se ha traducido por ideografía. Después de Frege, su escritura ha sido abandonada por la lógica en provecho de otras como las de Peano o Russell. Lo que no varía, sin embargo, es el hecho de que en todas las escrituras lógicas se trata siempre de juegos de letras.

Lo que la lógica enseña entonces es que no se accede a lo real, se lo inventa como escritura. Se lo inventa en la medida en que es a la letra a lo que siempre se arriba. Así le ocurre a Freud cuando en su búsqueda del sentido del sueño de Irma ve, escritas en gruesos caracteres, las letras de una fórmula química. Así ocurre siempre: cuando se avanza hasta el borde mismo del agujero de lo real, es al pie de la letra que el sujeto se ve colocado. Siempre es sobre la letra que se cae porque la letra es lo que hace borde al agujero de lo irrepresentable del sexo. Sobre la letra, pero no cualquier letra sino la letra sorprendente, insensata, la que surge cuando se vacía a los significantes de su poder de hacer sentido, de ese poder que es poder esencialmente fálico.

El lógico juega con el sin sentido de la letra -el **fuera-de-sentido** del goce femenino- y lo trabaja, del mismo modo que el poeta. Ambos se confrontan a ese goce enigmático que se materializa en juegos de letras, con ese goce que la poesía mística lo vuelca en un decir próximo al delirio:

Esas jaculaciones místicas, eso no es charlatanería ni verborrea, es, en suma, lo mejor que se puede leer... Agregar a eso los Escritos de Jacques Lacan, porque ésto es del mismo orden.<sup>29</sup>

Que Lacan considere sus escritos del mismo orden que la poesía mística no es sino la admisión de que su intento es aproximarse por la letra al goce del Otro en la medida en que la de la letra es la única aproximación posible. La letra que hace borde a lo incomprensible, a lo que trasciende el sentido, a lo fálico.

Producir la letra es por otra parte la única manera de llegar a descubrir que la pregunta misma por la "especificidad" del goce de la mujer es producto de un equívoco fundamental, un equívoco inducido por el lenguaje y la preeminencia del falo: la idea de que

<sup>29</sup> J. Lacan, *Le seminaire Livre XX, Encore, op. cit.*, p. 71.

hay dos sexos, uno de los cuales, el masculino busca su complemento en otro, femenino, que siempre se le escabulle y cuya "esencia" pretende atrapar. Toda respuesta a la naturaleza del goce femenino es, en este sentido, producto de un fantasma esencialmente fálico que trata de dar consistencia a ese Otro sexo que se presenta como misterio insondable, darle consistencia para asegurar finalmente la posibilidad de la relación sexual.

El psicoanálisis va en sentido opuesto al fantasma, pues al mostrar la ausencia de relación sexual no busca dar consistencia al Otro sexo sino que sigue lo que el lógico y el poeta enseñan: allí donde el Otro se sustrae, no hay la posibilidad de fijarlo, localizarlo; allí donde impera el sin sentido no hay sentido que pueda eliminarlo sino que sólo una escritura es posible, una escritura que hace cerco en torno al agujero cuya ex-sistencia ya no se disimula, una escritura que no devela el misterio porque pone de relieve que el goce del Otro que al sujeto se le escabulle es finalmente el núcleo mismo de su ser porque la verdad que lo habita es la de ser Otro que todo aquello que puede representarse. Otro radicalmente inasimilable a cualquier otro.

Entonces, la pregunta por el goce de la mujer es, en último término, pregunta acerca de aquello que soy allí, allí donde nada hay que me represente. El poeta y el lógico lo han sabido siempre, de alguna manera. El psicoanalista toma el relevo de ese saber inarticulable para interrogar a su vez, desde el lugar del goce enigmático, a aquel que le dirige su pregunta.